



La glándula de Ícaro
El libro de las metamorfosis



ANNA STAROBINETS

Traducción del ruso a cargo de
Fernando Otero Macías



IMPEDIMENTA



LA GLÁNDULA DE ÍCARO

Todo empezó por una minucia. Él solía entretenerse en el trabajo, a veces hasta bastante tarde. Y daba igual cuándo lo llamaran: el número marcado nunca estaba disponible, y eso que supuestamente no viajaba en metro. Y en casa, por las tardes —no todos los días, pero sí era frecuente—, cogía el teléfono y se encerraba en la habitación más apartada o en el cuarto de baño y echaba el pestillo, «para evitar que Liebre me moleste cuando estoy hablando de cosas del trabajo». Pero Liebre ya era mayorcito y no molestaba a la gente cuando hablaba por teléfono. En general, no molestaba a nadie. Se pasaba las horas muertas sin salir de su cuarto, en el ordenador, con sus auriculares afelpados; tenía trece años... Tiempo atrás sí era verdad que interrumpía cada dos por tres, que no dejaba a sus padres llamar por teléfono ni ver la tele, que a las siete de la mañana irrumpía en su dormitorio: rebosaba energía y se pasaba el día dando la lata, y todo el rato los estaba llamando para que fueran a verlo a su cuarto y

para que se fijaran en cosas de lo más normal, pero que, por la razón que fuera, a él le parecían dignas de admiración. «Mirad dónde he puesto a mi astronauta», «Mirad, he escondido mis tigres detrás de esa esquina», «Mirad cómo pinto este sol amarillo», «Mirad», «Mirad»... Cuando ellos estaban ocupados y no querían mirar, o sencillamente lo ignoraban por razones pedagógicas, Liebre se ponía nervioso y empezaba a dar saltos sin moverse del sitio. Precisamente por eso le habían puesto ese apodo. Ahora ya no le importaba que lo miraran o no, ya no se ponía a dar saltos ni los llamaba para que fueran a su cuarto, pero se había quedado con el apodo, como recuerdo de todo lo que no habían visto y ya no iban a ver...

—No metas a Liebre en esto —le soltó la mujer al verlo salir del cuarto de baño con el teléfono en la mano—. Liebre no tiene nada que ver. Está claro que te estabas escondiendo de mí.

Esperaba que él lo negara, que se enfadara, pusiera mala cara o dejara caer algo sobre la paranoia. Tampoco se lo había dicho en serio, sino más bien para ponerlo a prueba, como dando a entender que ni estaba pendiente de su hijo ni estaba pendiente de ella, y que en general era poco sensible... Pero de pronto el hombre empezó a ponerse colorado, como un crío: primero las orejas, después las mejillas y la frente. Y solo después de eso vinieron las negativas, los enfados, las malas caras. Ella se asustó.

Cuando él se durmió, la mujer entró en socinet y escribió en el renglón de búsqueda: «Me parece que mi marido me engaña».

A otras les pasaba lo mismo. Los mismos «síntomas», los mismos temores y sospechas. Y había casos bastante peores: «En el móvil de mi marido he encontrado un SMS de su amante», «He encontrado en su correo la foto de una chica

desnuda», «He encontrado unos preservativos en su bolsillo». Se sintió aliviada. Algo más tranquila. No estaba sola, y juntas podían hacer frente a aquella desgracia común.

Además, su desgracia aún estaba por demostrar.

Leyó los consejos de un psicólogo. «Si tiene la impresión de que su marido la engaña, no tenga miedo de abordar el problema con él. Es preciso hablar con calma, sin caer en la histeria, sin gritos ni ultimátums, ni aunque se confirmasen sus peores sospechas. Con histerias lo único que conseguiría sería ahuyentar a su marido y arrojarlo en brazos de su amante. Sea sensata. No se enfurezca con él, compadézcalo. La infidelidad, en cierto sentido, es una especie de enfermedad, pero, afortunadamente, tiene cura.»

Los consejos no le gustaron demasiado, no se ajustaban a su situación. El problema no era cómo comportarse cuando «se confirmasen sus sospechas». El problema era cómo arrancarle la verdad a su marido. Tecléo una segunda pregunta: «¿Cómo saber si mi marido me engaña?».

Lo primero que apareció fue un sociteste: «¿Te engaña tu marido?». Solo eran diez preguntas. En letras elegantes, de color rosa. Respondió a todas ellas de inmediato. Salvo a la quinta, la séptima y la décima:

1. ¿Cuántos años tienes?

a) Menos de 30.

b) De 30 a 40.

c) Más de 40.

2. ¿Cuántos años tiene él?

a) Menos de 35.

b) De 35 a 45.

c) Más de 45.

3. ¿Está operado?
- a) Sí.
 - b) No.**
4. Mantenéis relaciones sexuales:
- a) Más de una vez a la semana.
 - b) Entre una vez a la semana y una vez cada dos semanas.
 - c) Menos de una vez cada dos semanas.**
5. ¿Muestra interés por ti?
- a) Sí.
 - b) No.
6. ¿Tenéis hijos en común?
- a) Sí.**
 - b) No.
7. ¿Se ocupa de los hijos? (Omitir en caso de no tener hijos.)
- a) Sí.
 - b) No.
8. ¿Suele quedarse hasta tarde en el trabajo?
- a) Sí.**
 - b) No.
9. ¿Pasa los días libres con la familia?
- a) Siempre.
 - b) No siempre.**
10. ¿Eres atractiva?
- a) Sí.
 - b) No.

La quinta, la séptima y la décima le planteaban ciertas dudas. ¿Muestra interés por ti? ¿A qué se referían con eso? ¿Quiere decir que si me regala flores? Bueno, si acaso por mi cumpleaños. ¿Me ayuda a ponerme el abrigo? Sí, claro, es un hombre educado. ¿Alguna sorpresa agradable, perfumes, adornos, entradas para el cine? Pues no, la verdad sea dicha... Eso sí, los fines de semana siempre me trae el café a la cama. Con un emparedado calentito: mi marido prepara unos emparedados deliciosos... Es bastante agradable. Así pues, «muestra interés»: **Sí**. Prosigamos...

¿Se ocupa de los hijos? La pregunta está mal formulada: cualquiera puede ocuparse de Liebre. Liebre es independiente, se las apaña solo. Tiene su ordenador, sus juegos *online*, su larguísima lista de amigos, con eso se entretiene. Si la pregunta fuera «¿Quiere a sus hijos?», o «¿Se preocupa por ellos?», entonces sí. Desde luego que sí. Quiere mucho a nuestro hijo. Llegó a estar en la junta directiva de la asociación de padres del colegio, aunque después lo apartaron... Porque, cuando a todos los chicos de su clase los fueron llevando, de forma ordenada, a que se sometieran a la operación planificada y hubo que firmar la autorización —una mera formalidad—, él se negó a firmarla, y a Liebre no lo mandaron a la clínica. Una de las madres, la más activa de la asociación, dijo entonces que ellos eran unos egoístas irresponsables. Que por culpa de sus chifladuras iban a poner en riesgo a su hijo, que a lo mejor sencillamente no se dignaban a gastarse dinero en algo tan importante. ¡Pero el dinero no había tenido nada que ver! Ella lo sabía de sobra: el padre no había permitido que llevaran a Liebre a la clínica porque no se fiaba. Había una mínima probabilidad —por debajo del uno por ciento— de que la cosa no saliera bien. Todas esas historias de adolescentes que después estaban *siempre*

durmiendo. Se había negado. Había dicho: «No quiero un Liebre de peluche». Ella no había entrado a discutir. Al fin y al cabo, Liebre tenía un carácter tranquilo, por lo general estaba en casa, sus amigos se pasaban todo el santo día conectados a socinet. Así que tampoco arriesgaban demasiado... En resumidas cuentas: **Sí**. Pensándolo bien, sí que se ocupa de su hijo...

La última pregunta no le hizo ninguna gracia. Que si era atractiva; joroba, ¿desde el punto de vista de quién? Irritada, marcó la respuesta en rosa con el ratón: **Sí**. Al hacerlo, no obstante, se acordó de la arruga: una vertical, en el entrecejo. Muy pronunciada. Pero, si se la rellenaba con bótox, podía quedar todavía peor, dejarle la cara acartonada.

Y para colmo estaba el pelo gris de las sienes. Todos los meses se teñía las raíces, según le iban creciendo, con un tinte japonés, pero él, de todos modos, *lo sabía*. La muy boba se lo había contado. Si no, no se habría dado ni cuenta.

El resultado del test la dejó deprimida: «No se puede descartar que su marido, efectivamente, la esté engañando. Es posible que esté atravesando la crisis de la madurez. De todos modos, cuenta usted con buenas oportunidades de imponerse a su rival y salvar su matrimonio. Una operación voluntaria, probablemente, resolvería todos sus problemas».

Estaba relejendo por tercera vez el resultado cuando oyó un ruido. Un débil sollozo procedente del móvil de su marido. Le había entrado un SMS. A las dos de la mañana.

Sintió una dolorosa sacudida por dentro, como si alguien hubiera tirado con fuerza de un hilo, y un bloque de hielo atado a ese hilo le hubiera subido de golpe desde el vientre hasta la garganta, para luego volver a bajar.

Una hora antes, ella había sacado el móvil de su marido de debajo de la almohada. Por si acaso. Había examinado los

mensajes «recibidos» y «enviados». No había encontrado nada sospechoso. Pero ahora *había entrado* algo.

Será de Beeline,¹ se dijo. De Beeline, ya está. Para informarlo de que no dispone de saldo...

No era Beeline. Era un nuevo mensaje de un número guardado como «Zanahoria».

¿Zanahoria?... Qué disparate... A Liebre le gustan las zanahorias... ¿Y si era un profesor de Liebre?

Con los dedos rígidos, pulsó el atajo de teclado. Abrir mensaje.

«¿Estás dormido?» Nada más. Dos palabras. Con sus signos de interrogación.

Respondió: «No».

Enviado.

«¿Y ella?»

El bloque de hielo saltó con furia en su interior y se le quedó atravesado en la garganta. Todo estaba claro. Muy claro. Pero, por alguna razón, volvió a responder. «Dormida.» Para que quedara demostrado... La idea no se le iba de la cabeza. Para que quedara demostrado con toda seguridad, con exactitud, para que quedara demostrado con exactitud...

«Llámame», escribió Zanahoria. «Te echo de menos.»

«Zorra», escribió la mujer.

¿Sin histerias?

¿Sin acusaciones?

No pudo ser. Entró en el dormitorio, encendió la luz, le arrojó el teléfono a la cara. Él se despertó con el pelo revuelto, abotargado, grotesco, como en una comedia francesa. Trató de protegerse de la luz y de su mujer. Por alguna razón, se tapó la tripa con las sábanas.

1. Compañía telefónica rusa. (*Todas las notas son del traductor.*)

—¿Por qué Zanahoria? —le chilló ella—. ¿Por qué, por qué Zanahoria?

En cierto modo, eso era lo que más le importaba. Precisamente eso.

—Porque... No sé... Cosas del amor. Bueno, ya sabes...

—Ya sé, sí. Te la estás tirando. Te estás tirando a esa hortaliza.

El bloque de hielo que le estaba presionando la garganta se deslizó hacia abajo, y al final rompió a llorar. El marido, entretanto, se enfundó unos calzoncillos y unos pantalones. De espaldas. Como si le diera vergüenza. Como si a ella le quedara algo suyo por ver.

La mujer dijo: «¡Largo de aquí!». Él empezó a vestirse, obediente.

Ella lo alcanzó ya en el pasillo, lo agarró de la cazadora, él se detuvo.

Sin histerias, se repitió a sí misma, sin histerias, sin gritos ni ultimátums. Se sentaron en la cocina, la mujer hasta le sirvió un café, como si todo fuera bien. Charlaron, ella conservó la calma, le fue preguntando con serenidad: ¿Desde cuándo? ¿Con qué frecuencia? ¿Hasta qué punto va en serio? Pero ¿de verdad la quieres?... ¿Y a mí? Sí, ¿a mí? ¿A mí?

Él respondió:

—A ti también te quiero. A mi manera.

«A su manera.» Ella lo conocía demasiado bien. Tenía un carácter débil. Sencillamente, era incapaz de decir que no a nadie.

—¿A tu manera? —volvió a preguntar la mujer con voz ronca.

Y, de repente, le arrojó —él se apartó a tiempo, con buenos reflejos— la taza azul de Liebre. Llena de té, o de

lo que quiera que fuese aquello. Los fragmentos salieron despedidos por toda la cocina, el líquido pardo dejó en la pared un reguero de manchas de Rorschach, llenas de significado.

Frases hechas, ajenas, mezquinas, sacadas de la tele, triviales, le venían a los labios, como hormigas que salen a la fuerza de un tronco podrido. Le había arruinado la vida... Tantos años sacrificados... Devuélveme mi juventud...

—Más bajo... El niño... —dijo él, sintiéndose acorralado.

En la puerta de la cocina estaba Liebre, soñoliento. Descalzo. Solo llevaba puesta una camiseta.

Otro montón de hormigas asomó al exterior. Ella no quería, pero salieron solas:

—¡Haber pensado antes en nuestro hijo, cerdo! ¡Cuando conociste a *esa*!

—Papá... —dijo Liebre con voz grave, aunque a continuación concluyó con un gallo infantil—: ¿Nos vas a dejar?

«Le está cambiando la voz», pensó la mujer, abstraída, y dijo en voz alta:

—Bueno, qué. Contesta a tu hijo, *papá*.

—No te atreverás —replicó él, con los labios pálidos— a meterlo en esto.

Se levantó de un salto, salió al pasillo, empezó a ponerse la cazadora una vez más; en silencio, con manos trémulas, despacio, mucho más despacio de lo necesario, se subió la cremallera.

Ella le gritó:

—¡Si te vas, ya no vuelvas nunca!

Y le gritó otra cosa más.

Y Liebre dijo:

—No nos hace ninguna falta si no quiere estar con nosotros.

Después ella se fue a llorar al dormitorio, mientras él, en la misma puerta, le decía algo a Liebre. Luego se marchó. A casa de *la otra*. De *esa*. ¿Adónde iba a ir si no a las cinco de la mañana? Pero no se llevó nada, tan solo el teléfono y la cartera.

La mujer le envió un SMS: «Tienes que elegir: ella o nosotros». No hubo respuesta. Entonces añadió: «Al niño ya no lo vas a ver». Llegó la respuesta: «Gulia, eso es chantaje». Sorbiéndose los mocos, tecleó: «¿Qué te esperabas, sinvergüenza?».



Por la mañana llamó su madre, que con instinto certero de buitre se había olido la desgracia fresca:

—¿Qué ha pasado? Te noto la voz rara.

Todo va bien, dijo Gulia. La madre no se dio por vencida. Sin atacar de frente, a base de insistir, de sugerir, de picotear, acabó dando en el clavo:

—Ígor, ¿verdad? —hundió el pico, certera, en la herida de Gulia—. ¿No habrá conocido a otra?

La mujer se sintió embargada por el cansancio, no tenía fuerzas para luchar, se lo contó todo.

—Vosotros os lo habéis buscado —dijo la madre, satisfecha—. Mira que te lo dije...

—¿A qué viene eso ahora? —Gulia soltó un gemido—. Ay, Dios mío, ¿se puede saber a qué viene eso ahora?

—Si es que hay que escuchar lo que dice una madre. Y tu madre te dijo que no hacer la operación era arriesgado. ¿Y ahora qué? Habéis jugado con la libertad del individuo. ¿Y dónde está ahora ese individuo libre?... Mira Arkadi Guermánovich...

Arkadi Guermanóvich, el padrastro de Gulia, había caído en manos de su madre cuando ya no era en absoluto un mozalbete: estaba bastante ajado y tenía una barriga prominente, pero se había sometido con éxito a la operación. Habían logrado, con no poco esfuerzo, hacerse con un nidito de tres habitaciones en un barrio residencial, y en el fondo él no era un mal tipo, pero a Gulia no le gustaba: gastaba bromas estúpidas y le apestaba el aliento.

—... Y habríais vivido en perfecta armonía... Y ahora, mira cómo te tiras de los pelos por no haber hecho caso a tu madre a tiempo... Tienes que cumplir con tus obligaciones..., ocuparte del niño..., antes de que sea tarde... Cuando te quieras dar cuenta... Vas a echar a perder a tu hijo... Acuérdate de lo que te digo... Tienes que tomar una decisión urgentemente... No lo dejes pasar... Hay un médico estupendo..., unas manos de oro...

Gulia colgó el teléfono.

Era sábado. Él no daba señales de vida. Ella intentó llamar: no estaba disponible, los SMS no le llegaban. Gulia se pasó todo el día como en un acuario turbio, no le preparó la comida a Liebre, que anduvo trasteando por la cocina. No salió de socinet ni un solo instante. Leyó cosas sobre maridos infieles, sobre el divorcio y sobre la glándula. Se registró en el foro www.jelezy.net, describió su situación, pidió consejo. La gente del foro se mostró muy atenta: le indicaron un montón de enlaces útiles, le recomendaron de forma unánime «que cortara de inmediato».

gulya-gulya: ¡pero si es él el que se ha ido!

4moki: ya volvera... donde va a ir sino

mamakoli: hay k ser optimista sobretodo teniendo un hijo

feya33: +100 cuando hay hijos, los tios siempre vuelven

schastlivaya_koza:² el tfno d la clinica se lo mando x privado. aunque él no vuelva valla igualmente a echar un vistazo, digo ya x su desarrollo en general

Él se presentó aquella tarde. A Liebre no le hizo gracia y se encerró en su cuarto dando un portazo.

Ígor olía a tabaco y a alcohol, y a hembra cariñosa y extraña. Ella quería abrazarlo, abrazarlo largamente, con fuerza, estrecharlo con su blusa empapada en los sobacos, y con los cabellos, y con la boca, para sofocar aquel olor inadecuado y marcarlo con su propio olor, el olor del hogar.

Naturalmente, ni siquiera lo rozó. Le preguntó cansada:

—¿Por qué has venido?

Dijo él:

—Porque he elegido.

—¿A quién? —preguntó la mujer, intuyendo ya la respuesta, celebrándola ya.

—A Liebre y a ti —dijo el marido con entonación de escolar, como si lo hubieran sacado a la pizarra en clase de literatura.

Se pasó toda la tarde con náuseas: había bebido demasiado y había mezclado. Se acercó Liebre, le preguntó con voz de pito: «¿Cómo te encuentras, papá?». También ella, arañando la puerta del baño, le preguntó si necesitaba ayuda. Maquinalmente, aguzó el oído para comprobar si estaba hablando por teléfono.

Cuando el hombre se sintió mejor y Liebre apagó la luz de su cuarto, se sentaron a charlar en la cocina. Él le pidió perdón. Dijo que para él la familia lo era todo. Le prometió que cambiaría.

2. «La cabra feliz.»